

# Al otro día, el Santo Cambá

**ILUSTRACIÓN DE PABLO ESTÉVEZ. Toda la violencia que late agazapada en una celebración religiosa del noreste de Argentina. El destino que adivinó la bruja en las entrañas de una perdiz, oscuro como el vino de los primeros días del año. Un relato de la autora Mar Meneses con vértigo de tambores ceremoniales en el espacio literario curado por Alejo Carbonell, creador de la editorial Caballo Negro.**

58

Los seis de enero se celebra en el litoral la fiesta del santo negro. La familia de Luchó es otra vez la anfitriona. Vienen con las preparaciones desde temprano. Al costado de la casa, tablones para que más de cien personas coman el asado. En la galería de tierra, un escenario para que el conjunto de su hermano le ponga música a la fiesta. Debajo de un paraíso, el altar. Flóberos con mburucuyás, hojas de tabaco verde y velas talladas en guaraní decoran el lugarcito.

A media mañana, recostado en su catre, Luchó recuerda la primera vez que la celebración fue en su casa. Debía de tener unos nueve años, poray. Con los primos corrieron un buen rato a los cambacitos gritándoles "guampudos". Tomaron vino con los asadores y después se escondieron con otras primas en la pieza del tío Roque y jugaron a coger. Él se quedó con Tati porque le encantaba. A Hipólito le tocó Vera, una flacucha igual que él. Confidencia mediante, Verita dijo que algo ya sabía. A los ocho, un peón la apoyó contra la pared de la casa vieja parándola sobre un tronco y, sin bajarle el shorcito se colocó en el

medio. Después, cuenta que se fue a dormir la siesta con la sensación de tener un ovillo de lana tibia en la entrepierna. Al tiempo, ese peón aparecería flotando en la laguna larga que queda cerca del cementerio viejo. Cambá fue el último en verlo. También se acuerda de repente de la vez que salieron a buscar las vacas y una yará se les cruzó en el camino. Vera le pasó por encima y Tati no dudó en descargarle su chicote y destrozarla. Él no alcanzó a reaccionar y sintió envidia del coraje de sus primas.

El grito de un chanco que están carneando lo hace volver en sí y se molesta porque nadie lo llamó para colaborar. Desde hace una semana que en la casa están enojados por su desaparición en la noche del treinta y uno. Con torta frita y butifarra tuvieron que recibir el nuevo año. No quiso contarle a nadie sobre qué lo detuvo en el monte. Prefirió no aclarar el asunto. El delirio duró horas y volvió tan débil que durmió dos días seguidos. Pasó una semana y no puede olvidarse lo que la vieja Cledia le dijo en el monte. Su discurso desmembrado le retumba en la cabeza.





Sucedió que Lucho salió a cazar perdices para asar en la nochenueva. Juntó dos docenas y media, más que suficiente para llevar, y decidió regalarse un íntimo convite. Juntó pichanas secas para hacerse el fuego, hizo una montaña y con el encendedor prendió llamitas. Enseguida armó la rama atravesada con una perdiz y la hizo girar sobre el fuego. Las plumas quemadas impregnaron su camisa. Al cabo de un rato ya estaba masticando. A escondidas, la bruja se apareció. Llevó a su boca uno de los huesos del par de pajaritos que él estaba terminando de comer. Percibió sonidos encastrados que salían de una boca desdentada y se volteó a ver.

—*iMba'épa reiko, chamigo!* —saludó la Cledia. No llegó a responderle que la vieja rompió el hueso que estaba chupando y se lanzó sobre las perdices. Manoteó una y la abrió de un solo movimiento con el filo del hueso roto. Las entrañas brillaron bajo la humedad del aire entre los árboles. Lucho no retiraba los ojos de las entrañas. Las risitas de la arpía entremezclándose con el batir del viento entre las hojas, lo indujeron a una especie de somnolencia. El olor de la grasa que ella iba tirando en las brasas junto a unos yuyos silvestres, intensificaron ese estado. Parecía que las chicharras de la siesta también habían enmudecido ante el extrañamiento de la situación. La cabeza de Lucho fue inclinándose lentamente hasta quedar tumbado en el suelo. El corazón de la perdiz había recibido uno de sus hondazos, al verlo la vieja chilló: "*icambacito! ¡Cambacito! ¡Cuidate! ¡Del cambacito! ¡Del cambacito! ¡Cuidate! El pozo de agua de tu cuerpo se secará como un cuero al sol.*"

No está dispuesto a compartir con su familia toda esa sarta de habladurías. Nadie le va a creer y van a decir que es un cagón. Afila su machete, lustra las botas de media caña, le da de comer a los perros, masca tabaco seco. El día avanza y Lucho sigue alejado. Las muchachas de la casa van y vienen perfumadas. Unas, reciben a los invitados que poco a poco asoman en la tranquera. Otras, indican los espacios para estacionar las chatas y los camiones. El *va cayendo gente al baile* se empieza a escuchar seguido. En un rato, el estruendo de los cambacitos confirmará el inicio de la fiesta. Algunos hombres le hacen promesas al santo y se disfrazan de cambacitos. Visten de rojo, porque así es el agua que riega los cuerpos por dentro. La cabeza tapada por un cono de arpillera. Un par de agujeritos para los ojos. La parte de la boca insinuada en una costura de cruces sanguinolentas. Hablan en falsete. Dicen guarangadas, provocan. Castigan a los desprevenidos con el chicote al que adornan con tiras rojas. Llegan en caballos recargados con chapas en las patas, las riendas y la montura. Portando largos palos con banderas coloradas en las puntas, parados en los estribos, a galope metálico y sapucaí, los cambacitos aparecen.

A la medianoche, el conjunto Yaguá hace largo rato que está actuando. En la pista de baile, la tierra aplanada guarda las huellas de todos los pasos. Las chusmas miran y comentan cada detalle. Los chicos corren detrás de los cambacitos y salen a los gritos cuando estos les tiran chicotazos. Lucho permanece en un rincón del quincho junto a una damajuana de tinto y con un trozo de costillar a medio comer en el plato. Mira el baile y no para de tomar. Cuando Cledia identificó el líquido que emanaba del hígado del ave abierta, soltó una carcajada para después agregar: *negruzca será la razón de tu estupor, m'hijito*. Él va por la mitad de la da-

Desde hace una semana que en la casa están enojados por su desaparición en la noche del treinta y uno. Con torta frita y butifarra tuvieron que recibir el nuevo año. No quiso contarle a nadie sobre qué lo detuvo en el monte. Prefirió no aclarar el asunto. El delirio duró horas y volvió tan débil que durmió dos días seguidos.

majuana y no le importa mucho nada. O así prefiere mostrarse.

Bajo las indicaciones del cabecilla de los devotos, los niños tiran las siete bombas de estruendo que dan inicio al culto. Una procesión cruza el patio llevando la imagen del santo hasta el altar que resplandece con las velas encendidas. Los promesantes se recogen alrededor y rezan la oración que los hermana. En memoria de Cambá, el doble tambor truena con ímpetu en la noche cerrada. Las parejas, adornadas con guirnaldas rojas, colman otra vez la pista, mientras unas comadres acompañan el ritmo haciendo chocar las cañas tacuaras que llevan en sus manos.

Falta poco para el comienzo del amanecer. El sereno cubre los pastizales como una suave organza blanca. El cielo se torna hacia un azul parecido a los intestinos de la perdiz. La hechicera tanteó los desperdicios que resguardaban y mientras lo miraba fijamente con sus ojos celestes blanquecinos, le masculó *tu propio mal te dará final*. Atento a esas palabras, que parlotean como campanadas en su cabeza, Lucho sigue pendiente de cada movimiento. Como otras veces, las familias están organizadas por tabloneros. Tuvieron el recaudo de colocar distanciados a los que se guardan rencoros. Aunque este día sagrado debe anular las filiaciones de autonomistas y liberales, no se fían de las buenas intenciones de nadie. El alcohol y la música del doble tambor ceremonial supieron provocar reyertas. En una ocasión, cuando Lucho tenía dieciséis años, su tío desenvainó su facón porque alguien le había gritado muera el Partido Autonomista. La bataola terminó con tres heridos. Uno de ellos fue Lucho, por quedar entre su tío y la embestida del agresor. Se ganó una cicatriz debajo de las costillas y ahora la luce como garantía de portar los huevos más grandes de la familia. "*Esta perdiz tiene los testículos adentro*, descubrió la vieja en el monte. 'En realidad, nunca fuiste bravo, sino un hijo sucio del diablo', lanzó en su lengua original. *Aña memby caracha*", repitió tres veces masticando los testículos crudos.

Lucho sacude la cabeza. Toma del pico. Observa en todos los ángulos la culminación de la fiesta. Desconfía de los partidarios que se ayudan unos a otros a vomitar detrás del tinglado. Recela de Tati manoseándose con un Quiroga debajo de la parra. Calcula el propósito de las respuestas incoherentes que su tío tartamudea en la sobremesa junto a los Ibáñez. Escucha las botellas que estallan cerca de la santa imagen de Cambá. Se abre paso entre los borrachos con una mano, y con la otra sostiene el machete que asoma por debajo de su espalda, llega tambaleándose hasta pararse sobre los vidrios rotos. Un cambacito se trenzó con Hipólito vaya a saber por qué y nadie se anima a intervenir. Cenizas lánguidas flotan en la penumbra del patio. Solo se oye el recorrido del machete en el aire. Se cree inmune y completo. Resistente ante los delirios de una charlatana.

Embriagado por el vino y la sangre, Lucho no espera la reacción de los parientes del herido. Tampoco se asegura de su muerte. Sino que corre hasta su chata y toma para el lado de Cruz de los Milagros. Sale intacto y con la victoria deramándose por el filo de su machete. Sin embargo, una de las cosas que más sorprendió a Cledia en aquella siesta, fue el buche vacío del pájaro. Esa ausencia de previsión alimentaria le hizo sentenciar *vas a creer estar satisfecho al terminar la cena*, palabras que se hunden como frutos de ñangapirí en la memoria alcoholizada de Lucho.

Se abre paso entre los borrachos con una mano, y con la otra sostiene el machete que asoma por debajo de su espalda, llega tambaleándose hasta pararse sobre los vidrios rotos. Un cambacito se trezó con Hipólito vaya a saber por qué y nadie se anima a intervenir.

La aurora comienza a rayar sobre el pasto una línea roja fosforescente. Maneja rápido y aturdido por la euforia. Echa un sapucaí en cada pozo que se come. De trecho en trecho riega su hígado con más vino. No mira por el espejo retrovisor. Cree que nadie lo puede alcanzar. Un pequeño camposanto aparece entre el yuyal. Cardos en flor perfuman la lumbre viscosa suspendida en el sacro lugarcito. Las cruces insinúan en sus ornamentos, retorcidos diseños que Lucho eligió ignorar. Aprieta a fondo el acelerador. Canta "Lucerito Alba", pasa la laguna larga, y algo distrae la poca atención que le queda. Cambá se le aparece delante de unos espinos. Es enano. Del color de los esclavos, tiene puesta la vestimenta de los negros liberados después de la guerra con el Paraguay. Igual que en las estampitas. Le sonríen sus dientes con musgos. Le muestra una palma amarillenta, especie de saludo. Bienvenida.

Un estupor helado le recorre las entrañas: cuando era chico su abuela contaba la historia de Cambá: el esclavo vengativo representa el rencor tras la carnicería que sufrieran los suyos en la gran contienda. Al santo hay que respetarlo y jamás abusar de los más débiles. El que desobedece será sorprendido por el negro en el medio del campo y morirá solo mirando el cielo con pájaros.

Lucho acelera aún más sin regresar la vista a tiempo. Su chata impacta contra unas vacas detenidas en el camino. Pasa entre los bordes del parabrisas roto y, al amanecer, sus entrañas esparcidas en la arena rezan la forma verdadera de la oración con que aquella perdiz del monte lo anunció.

*Vas a creer estar satisfecho al terminar la cena. En realidad, nunca fuiste bravo, sino un hijo sucio del diablo.*

*Aña memby caracha.*

*Aña memby caracha es tu nombre.*

*Aña memby caracha.*

*Tu propio mal te dará final.*

*Negruzca será la razón de tu estupor.*

*¡Cuidate!*

*¡Del cambacito!*

*¡Del cambacito!*

*¡Cuidate!*

*El pozo de agua de tu cuerpo se secará como un cuero al sol. ☹*

## Mar Meneses

*"Nací en Goya, Corrientes; me crie en Buenos Aires, y desde hace unos años vivo en la ciudad de Córdoba. Extraño el olor del subte. Una vez fuimos con Cynthia y Solange desde la estación Callao hasta Facultad de Medicina corriendo por el costadito. Son dos cuadras. Solange era asmática y casi se descompensa. Cynthia y yo lo disfrutamos. Conocí el subte a los cinco, recién llegada del campo. Línea A, lo sé por los espejos que hay en esos vagones. El estruendo de las vías, el color negro, los rieles, el encierro, la luz amarilla; el traqueteo. Gritaba empapada de mocos. Mamá avergonzada me ponía frente a los espejos. 'Mirá qué feas que quedan las nenas llorando'".*

Este texto pertenece al libro inédito *Todo aquello que es irreal*, segunda mención en el Concurso de Poesía Municipalidad de Córdoba 2015 "Llanto de mudo".